
PRÓLOGO

ESTADOS UNIDOS Y LA UNIÓN SOVIÉTICA EN CHILE

Arturo Fontaine Talavera

Transcurridos veinticinco años desde el término del convulsionado período que se cierra con el golpe militar de 1973, tenemos constancia de que tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética desempeñaron papeles de importancia en Chile. Y eso no fue obra de la casualidad ni del designio de conspiradores megalómanos, sino que fue parte de la lucha en la que estaban comprometidas todas las fuerzas del país. Esa confrontación internacional era inseparable de la confrontación intelectual y política interna.

Las reflexiones que siguen, dejando de lado otros aspectos y dimensiones del complejo conflicto político chileno de la década 1963-1973, que desde luego son importantes, se concentran exclusivamente en la contribución económica y en los análisis que realizan colaboradores externos como Estados Unidos y la Unión Soviética.

La lucha por el poder en Chile, de una manera u otra, estuvo influida por la Guerra Fría. Hay que admitir que Chile no era sólo un pequeño país aislado y lejano, sino que era uno de los escenarios donde se enfrentaban dos visiones del mundo, donde medían su poder persuasivo las dos

ARTURO FONTAINE TALAVERA. Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile. M. Phil. y M.A. en Filosofía, Columbia University. Profesor de la Universidad Católica de Chile. Director del Centro de Estudios Públicos.

grandes potencias de la época. La lucha política nacional tenía connotaciones e implicancias internacionales.

La prueba más simple de esto es que ya sea en África, en la ex Unión Soviética, o en cualquier país latinoamericano, las figuras de los últimos gobernantes chilenos son significativas para cualquier persona bien informada. Eduardo Frei Montalva, Salvador Allende, Augusto Pinochet representaron una posición en la política mundial. No ha pasado así con los gobernantes argentinos ni con los peruanos. De alguna manera el APRA del Perú y el peronismo de Argentina son fenómenos locales. Dificilmente podrían tener las connotaciones que tuvieron los gobernantes chilenos que asumían ideologías o enfoques internacionales y optaban por experiencias reproducibles, de algún modo, en otras partes. Por esto, la intervención de las grandes potencias no implica que los políticos chilenos hayan sido simplemente peones o agentes a su servicio. No. Lo que ocurre es que al interior de la sociedad chilena el conflicto político e ideológico se vive espontáneamente como parte del conflicto político e ideológico mundial. Las potencias extranjeras intervienen, pero no inventan el conflicto político chileno de la época. El grueso de los partidos, movimientos e instituciones que recibieron colaboración extranjera tenían indudablemente raíces propias en el país.

Los documentos que se presentan a continuación acreditan la intervención económica oculta en la política chilena tanto por parte de Estados Unidos —lo que era conocido desde la publicación del informe *Covert Action in Chile* en 1975¹— como de la Unión Soviética, hecho que se comprueba y publica por primera vez a través de la revista *Estudios Públicos*.

Por cierto, Chile es sólo uno de los muchos países en donde las grandes potencias miden sus fuerzas. En estos documentos aparecen mencionados Yugoslavia, Etiopía, Francia, Italia, en fin. Es un tipo de influencias que no es nuevo. Ya en *La Guerra del Peloponeso*, de Tucídides, por ejemplo, Atenas y Esparta se encuentran y combaten en cada polis griega. Pero el que ello haya ocurrido, y desde antiguo, no significa que sea positivo ni que haya que aceptarlo sin más. Al contrario, la pregunta es cómo debe regularse jurídicamente el financiamiento político de modo de hacer improbable y riesgosa la intervención económica encubierta de potencias extranjeras.

¹ *Covert Action in Chile, 1963-1973: Staff Report* (Washington DC: US Government Printing Office, 1975), publicación que contiene la investigación llevada a cabo por una Comisión del Senado de Estados Unidos (conocida como Comisión Church), acerca de las operaciones encubiertas del servicio de inteligencia estadounidense en Chile.

En Chile está pendiente una reflexión seria acerca de la manera en que se vivieron estos influjos e interacciones entre los políticos chilenos y sus aliados y colaboradores externos. Los papeles que aquí se dan a conocer son una contribución en ese sentido. Porque tras su lectura queda la impresión de que hubo múltiples equívocos, magnificaciones, voluntarismos, ilusiones, complicidades, imprudencias y demonizaciones que facilitaron la radicalización de la sociedad chilena y la pusieron en el camino del odio y la violencia. Virtualmente todos los sectores políticos relevantes parecen haber recibido colaboraciones económicas desde el exterior, a lo menos durante algunos de los años del período 1963-1973. A la vez, todos ellos tenían un fuerte arraigo local, independientemente de los apoyos recibidos desde fuera. Que el conflicto chileno haya tenido un contenido y una significación global no significa, por cierto, que el modo en que se interpretó e hizo carne esa globalización haya sido sensato ni conveniente para los intereses generales del país.

La primera parte de los documentos que siguen —“Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos, 1963-1975”, “El embajador Edward M. Korry en el CEP” y “Chile en los archivos de Estados Unidos (1970)” — trata de las revelaciones y documentos del embajador de los Estados Unidos en Chile, Edward Korry (1967-1971). Destaca en ellos su tesis, según la cual la Administración Kennedy apoya el proyecto demócratacristiano como alternativa a Cuba, y lo hace con aportes económicos muy importantes. Dichos aportes no van solamente al partido sino que comprenden una multitud de vías distintas (entre otras la AID y la CIA), las que, según el ex embajador, deben ser vistas sin embargo como complementarias, como partes integrantes de una estrategia de conjunto. Se trataba de “establecer una dinastía, para que Chile fuera estable y lo suficientemente confiable como para que valiera la pena una inversión económica y social de 1.250 millones de dólares”².

Las contribuciones de la CIA en Chile son materia conocida. Fueron reveladas en la investigación realizada por la Comisión Church. Por ejemplo, en 1964 Estados Unidos destinó 3 millones de dólares (equivalentes a 16 millones de dólares de 1997) a la campaña de Eduardo Frei Montalva. En 1970, se aprobaron 425 mil dólares (1 millón 758 mil dólares de 1997) a las candidaturas no marxistas. En 1971, se canalizaron 3 millones 577 mil

² E. M. Korry, “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos, 1963-1975”, p. 31, *supra*.

dólares a los partidos, movimientos e instituciones antimarxistas, y entre enero y septiembre de 1973, se destinaron 200 mil dólares³. Lo nuevo, entonces, es la visión de una estrategia de conjunto que antecede con mucho al gobierno de la Unidad Popular.

Un segundo aspecto de los archivos del embajador Korry que vale la pena destacar es su Informe de Contingencia ("Fidelismo sin Fidel")⁴, enviado a Washington en agosto de 1973. El embajador anticipa el triunfo de Salvador Allende y el fracaso de cualquier intento destinado a impedir que asuma. El embajador Korry se opuso con vehemencia a las maniobras que, a pesar suyo, llevó a cabo Washington en ese sentido, y a consecuencia de lo cual murió asesinado el Comandante en Jefe del Ejército, general René Schneider.

En un tono sobrio y a ratos desencantado, el informe secreto "Fidelismo sin Fidel" hace un diagnóstico de lo que cabe esperar del gobierno de Salvador Allende. Es un texto que habla de las limitaciones del poder de Estados Unidos en Chile. La ambiciosa y millonaria estrategia de la Administración Kennedy ha fracasado. A la vez se esbozan las opciones que le quedan a Estados Unidos.

Lo que más parece preocuparle es que a través de medidas de regulación económica las grandes empresas pierdan autonomía y priven a la prensa, a la radio y a la televisión de oposición del aviso necesario para su subsistencia. Sin necesidad de expropiarlas se conseguiría idéntico objetivo. "A nuestro juicio, el grupo Edwards y sus diarios pueden ser destruidos en el corto plazo a través de medidas impositivas y crediticias, aun cuando Allende no intente expropiar *El Mercurio*, como amenazó en una oportunidad [...]. La posibilidad real de ejercer una oposición sería más ilusoria que real"⁵.

Si la asfixia económica es el talón de Aquiles de la oposición, de ello se sigue una estrategia para los Estados Unidos: mantener vivos los medios de comunicación y las fuerzas de la oposición asegurándoles los recursos requeridos: "Nuestro objetivo al interior de Chile podría describirse como el fortalecimiento de las agrupaciones residuales que tengan algún tipo de compromiso democrático o antimarxista"⁶. El embajador prevé que

³ *Covert Action in Chile...*, op. cit. (véase nota 1). De los libros que tratan el punto, el de más fácil acceso en Chile y, posiblemente, el más acucioso sea el de Joaquín Fernandois, *Chile y el mundo, 1970-1973* (Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985).

⁴ Véase Informe de Contingencia ("Fidelismo sin Fidel") en "Chile en los archivos de EE UU (1970)", *supra*.

⁵ *Ibidem*, p. 337, *supra*.

⁶ *Ibidem*, p. 350, *supra*.

las fuerzas antimarxistas serán numerosas. Lo esencial es que tengan cómo hacerse escuchar.

Éste será en definitiva el diagnóstico y la estrategia que seguirá Estados Unidos, una vez fracasados los intentos de impedir que Allende asuma. Más aún: este enfoque es absolutamente coincidente con el de los analistas y comentaristas más lúcidos de la oposición de ese momento. Con el correr de los meses, llegará a ser plenamente compartido tanto por quienes se identifican en el plano político con la Confederación Democrática (CODE) que preside Patricio Aylwin, como por quienes participan en el vasto movimiento gremial (Confederación de la Producción y del Comercio, dueños de camiones, comercio detallista, estudiantes de las universidades católicas y amplios grupos de estudiantes secundarios, empleados bancarios, etc.) que logrará paralizar el país. Primero, en octubre de 1972 y, luego, a partir de abril de 1973, volviendo en definitiva intransitable la “vía chilena hacia el socialismo”. Los aportes económicos de Estados Unidos contribuirán a la desestabilización del gobierno de la Unidad Popular.

Cuando los opositores gritaban por las calles “¡la Papelera NO!” (amenazada de asfixia económica vía control de precios), estaban estableciendo una relación entre la empresa privada que producía el papel de periódicos, la prensa de oposición y la democracia. Esa movilización no habría sido posible sin la prensa, la radio y la televisión que la apoyaban, y sin el grave empeoramiento de la situación económica, en especial, la angustiante escasez de bienes de primera necesidad que se generaliza antes de que el gobierno cumpla su segundo año en el poder.

La segunda parte de los documentos que *Estudios Públicos* da a conocer en este número —“Algunos aspectos de la ayuda financiera del PC de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría” y “Chile en los archivos de la URSS (1959-1973)”, una selección de documentos soviéticos— son el resultado de una investigación del CEP en los archivos secretos de la Unión Soviética, en particular, del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética (CC del PCUS), del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS y de la KGB. La documentación del período no ha sido aún abierta al público. La información que se obtuvo representa una primicia. Nuestras investigadoras Olga Uliánova y Eugenia Fedikova trabajaron más de un año para conseguir partes de estos documentos secretos.

Dejarán gusto a poco. Esta investigación ha conseguido lo que consiguió. No más. Pero, pese a su carácter fragmentario, censurado e incom-

pleto, permite aquilatar la clase de vinculación que tuvieron el Partido Comunista de Chile (PCCh) y el Partido Comunista de la Unión Soviética.

Hay, por ejemplo, trozos del diario del embajador soviético A. V. Basov escritos en enero y en septiembre de 1972; un interesantísimo informe del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS, escrito en julio de 1972; y documentación que acredita las contribuciones económicas del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética al Partido Comunista de Chile con las firmas de altos dignatarios, entre otros, del propio Premier soviético, Leonid Brezhnev⁶.

¿Qué puede concluirse de esta investigación en los archivos secretos de la URSS? Primero, lo que siempre se supuso y ahora pasa a ser un hecho comprobado: que el Partido Comunista de Chile recibió de una manera constante y regular financiamiento soviético para sus actividades políticas. Dicho financiamiento se canalizó por varias vías: viajes, invitaciones y becas; capacitación y material de propaganda; donaciones en especies y en dinero. No se contabilizan aquí aportes al movimiento sindical, apoyos de tipo cultural y educativo, ni, por cierto, lo que se refiere a vínculos comerciales. En ese sentido no es comparable con la contribución de conjunto que realiza Estados Unidos, según los datos del embajador Korry. La documentación que aquí se publica se refiere exclusivamente a las donaciones en dinero del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética al Partido Comunista de Chile.

Según nuestras investigadoras, la evidencia sugiere que se trata de aportes que se destinaron principalmente a financiar dirigentes y a efectuar propaganda. Si se hacen los ajustes monetarios correspondientes, puede comprobarse que se trata de cantidades suficientes como para financiar a un núcleo de líderes provenientes del mundo obrero y del mundo intelectual (periodistas, profesores, etc.) que constituyen la base de la dirigencia comunista. Así, ya en 1963 el Partido Comunista recibe 200 mil dólares (equivalentes a 1 millón 46 mil dólares de 1997). Se estima que la misma cantidad llega, por lo menos, en 1964. En 1970, la URSS canaliza 400 mil dólares (equivalentes a 1 millón 655 mil dólares de 1997) y, en 1973, proporciona 645 mil dólares (equivalentes a 2 millones 331 mil dólares de 1997)⁷.

En cuanto a la propaganda, el grueso de ella se hacía a través de diarios y radios propios o afines que presumiblemente no cobraban. El

⁶ Véanse documentos en "Chile en los archivos de la URSS (1959-1973)", *supra*.

⁷ Olga Uliánova y Eugenia Fediakova, "Algunos aspectos de la ayuda financiera del PC de la URSS al comunismo chileno durante la Guerra Fría", cuadro N° 1, p. 127, *supra*.

rayado de murallas, tan característico de la izquierda de la época, era realizado por brigadas de voluntarios para los que llegó a ser una forma de arte.

El análisis de la Academia de Ciencias de la URSS, utilizando información del momento (julio de 1972), concluye que probablemente no habrá golpe de Estado en Chile y que Allende llegará al 76 como Presidente constitucional. La predicción descansa sobre un supuesto: el grueso de los soldados del Ejército y cuerpo de Carabineros no son hostiles a la Unidad Popular. Incluso, muchos de ellos, se sostiene, son partidarios o, al menos, espectadores complacientes. ¿Sería esa la situación a la fecha y después cambió o los soviéticos simplemente se equivocaron? El otro supuesto es la lealtad del alto mando a la Constitución y a las leyes, lo que tiende a interpretarse, pareciera, como lealtad al Presidente⁸.

Algunos meses después, en septiembre de 1972, el embajador Basov da cuenta en su diario de una conversación con los dirigentes comunistas Luis Corvalán y Volodia Teitelboim⁹. “L. Corvalán”, anota el embajador Basov, “subrayó que en estas condiciones existe un peligro real de intentos de golpe de Estado.” Señala una serie de “factores” como causantes de “estos ánimos”: “alza de precios, problemas con el abastecimiento, asesinato de un carabinero, descubrimiento de la actividad funesta de grupos de ultraizquierda y de vínculos entre éstos y el PSCh, realización de entrenamientos militares por los socialistas. Todo esto lleva a la brusca caída del prestigio del gobierno de Allende”.

La información proviene del Partido Socialista, pero Volodia Teitelboim da cuenta de una conversación suya “con el jefe de contrainteligencia del Ejército, general Sepúlveda”. En ella se “llegó a un acuerdo sobre la coordinación de las fuerzas de seguridad y de los partidos del bloque popular [...]. Se decidió a la vez movilizar a las fuerzas leales al gobierno”... Se subentiende que para prevenir y contrarrestar un golpe militar.

Corvalán y Teitelboim no parecen tener dudas acerca de “la actitud leal del alto mando militar”, del “cuerpo de oficiales y [...] del general C. Prats”. Con todo, Teitelboim “informó sobre los intentos de grupos de ultraizquierda de penetrar las filas del Ejército, provocando creciente preocupación en los círculos militares”, “la creciente presión que las fuerzas reaccionarias realizan sobre el Ejército”, la identificación de las FF. AA. con el modo de pensar de “las capas medias”, y el problema económico. “El empeoramiento de la situación económica no está fuera de atención de

⁸ Documento 2-9, “Chile en los archivos de la URSS”, pp. 424-440, *supra*.

⁹ Documento 2-10, “Chile en los archivos de la URSS”, *supra*. Las citas a continuación corresponden a las páginas 441, 442 y 443, *supra*.

las Fuerzas Armadas”, habría afirmado Teitelboim. Todo esto antes del paro de octubre de 1972.

Ya entonces está meridianamente claro para los dirigentes comunistas que el poder que está decidiendo la suerte del proyecto de la Unidad Popular es, fundamentalmente, el Ejército y Carabineros. A la vez, que su posición está determinada, por una parte, por la tradición constitucionalista, que pesa, y la actitud del alto mando al respecto. Se menciona un informe de la CIA, según el cual el 85% de las FF. AA. serían leales a la Constitución. (¿Se equivocó la CIA?) Por otra parte, el “empeoramiento de la situación económica” también pesa.

Si la lealtad del Ejército y la situación económica se conectan, ¿qué soluciones proponen los dirigentes comunistas para mejorarla? Las medidas internas a que se alude en el diario del embajador Basov son muy insuficientes: aumentar la productividad de las empresas, modificar el sistema tributario para gravar más a los sectores más ricos y asegurar la redistribución de ingresos, controlar las alzas de los precios de los productos de primera necesidad... Creer que medidas de este tipo bastaban habría sido absurdo. Su apuesta es otra. Todo eso, por cierto, se proponían los comunistas. Pero al mismo tiempo tenían, como veremos, un plan, una esperanza. De haberse materializado, quizás el resultado del proceso hubiera sido distinto.

Los autores del informe del Instituto de América Latina de la Academia de Ciencias de la URSS¹⁰ afirman que “la realización exitosa del programa del bloque de la Unidad Popular tiene que conducir a la sociedad socialista”. “Sin embargo”, agregan, “los modos para alcanzar ese objetivo no están claros todavía”. El caso chileno plantea “complejos problemas de carácter teórico y práctico” con los que “hasta ahora el movimiento revolucionario chileno e internacional no se habían enfrentado”.

Interesan los elementos de la situación política chilena que sintetiza el informe confidencial de la Academia. Entre ellos, primero, que el gobierno “realiza su política contando con un estrecho contacto y apoyo de la Central Única de Trabajadores (CUT)”, que “tiene una gran influencia entre los trabajadores de Chile”. Sin embargo, reformas tendientes a elegir los dirigentes “mediante la votación directa de todos los miembros del sindicato” favorecerán “la influencia del economicismo”, postura de los trabajadores proclives a la Democracia Cristiana.

¹⁰ Documento 2-9, *op. cit.* Las citas a continuación corresponden a las páginas 424-425; 427-429, *supra*.

Segundo, que Eduardo Frei “promueve una línea dura respecto del gobierno y busca una alianza con la derecha”.

Tercero, que debido a enmiendas legislativas vinculadas al proyecto de la diferenciación de las tres áreas de la economía, se han suspendido las nacionalizaciones porque requieren ley y, por lo tanto, aprobación del Congreso.

Cuarto, que las enmiendas aprobadas “llevarán a una agudización aún mayor de la lucha en el país”, por cuanto “la CUT nunca apoyará la devolución de las empresas”. El propio Allende ha planteado que “el destino de las empresas expropiadas lo van a decidir los mismos obreros”. El punto es fundamental porque pone al Presidente y a la CUT en conflicto con la legalidad. Los autores del informe no parecen notar que esto pueda afectar la lealtad y obediencia de las FF. AA. que no se debe al Presidente, sino a las leyes.

Quinto, que “Allende, a pesar de algunas de sus declaraciones respecto al MIR, donde los amenaza con represalias, aspira más bien a poner bajo su control a esta organización más que a debilitarla o a destruirla”.

Sexto, que con respecto al futuro hay, básicamente, dos estrategias. El Partido Comunista se propone “transformar al máximo la economía antes de 1976, para cerrar el camino atrás, independientemente de quién llegue al poder en las nuevas elecciones presidenciales”. Por desgracia, el informe no entra en detalles. ¿Cómo se pensaba conseguir esto? Hay indicios: por ejemplo, la no devolución de las empresas aunque la ley diga lo contrario. Se trata, al parecer, de una estrategia que significa que el poder económico conquistado no podía perderse aunque se perdieran las elecciones. No es fácil entender cómo se quería conciliar el apego a la democracia y a la alternancia en el poder con la “irreversibilidad del proceso” que se proclamaba por doquier, y que estos documentos reservados confirman.

La otra estrategia es la socialista, que consiste en “quedarse con el poder después de 1976”. El problema es que “no saben cómo hacerlo”, aseguran los soviéticos.

Séptimo, que Allende, “demostrando su confianza en el Ejército” utiliza cada vez más frecuentemente “las declaraciones de estado de sitio con la entrega de control a los militares en todo el país y en algunas provincias”. Pero “eso, sin lugar a dudas, tiene un aspecto muy peligroso: los oficiales del Ejército aprenden a gobernar el país [...] y tal experiencia crea antecedentes para un golpe de Estado”.

Éste es, según estas fuentes, el dramático escenario a mediados de 1972, a menos de dos años de gobierno de la Unidad Popular. Sabemos que ya los líderes del comunismo chileno ven en las FF. AA. el factor clave, y

que ellas, a su vez, están siendo afectadas “por el empeoramiento de la situación económica”.

¿Cuál es, entonces, la solución al acuciante problema económico? Ni más ni menos que un generosísimo préstamo de la Unión Soviética. Su motivación sólo podía ser política. Ése es, en una palabra, el plan, la esperanza y la ilusión fatal.

El informe de la Academia presenta un breve recuento del incremento de las relaciones comerciales entre Chile y la Unión Soviética durante el último tiempo: de 0,8 millones de rublos en 1970 a 7,8 millones de rublos en 1971. Se menciona la ampliación de un crédito de 15 a 55 millones de dólares de la época y su reprogramación para la compra de maquinaria y la participación soviética en la pesca industrial, en proyectos de construcción de puertos, en una fábrica de aceites y lubricantes, en fin, una planta industrial para la fabricación de bloques prefabricados.

El informe no comenta la oferta de un crédito soviético a las FF. AA. Según el embajador Korry, ésta se produjo después de la visita del general G. Pickering, quien estuvo en la URSS en agosto de 1971¹¹. Posteriormente visitan la URSS el Presidente Allende (diciembre de 1972) y el general C. Prats (mayo de 1973). Se trata de un préstamo de 50 millones de dólares de la época, a un plazo de 50 años y con un interés de 1% anual, destinado a comprar armas. Según el embajador Korry y Paul E. Sigmund, la oferta fue rechazada por la oposición que despertó al interior de las FF. AA.¹²

En el informe, después se pasa a comentar la proposición chilena. Durante la visita del “vicepresidente del Comité Estatal de Planificación de la URSS, camarada M. A. Pertzév” se destacó “el interés especial de Chile de importar desde la URSS trigo, carne, mantequilla y algunos otros productos alimenticios, así como algodón, petróleo crudo, etc., por un total de 100 a 120 millones de dólares anuales” (de la época). También “la parte chilena informó de su interés en importar maquinaria y equipos varios (para la construcción de carreteras, el sector energético, instalaciones de perforación, además de tractores, trolebuses, etc.) por un total de 30 millones de dólares anuales, aproximadamente”. Salta a la vista que se trata de solucionar el problema de la escasez de productos de primera necesidad importándolos desde la Unión Soviética para ser distribuidos a través de la “Distribuidora Nacional” (DINAC) —que se crearía el 23 de enero de 1973— y de las “Juntas de Abastecimientos y de Precios” (las JAPs), que

¹¹ Véase E. M. Korry, “Los Estados Unidos en Chile y Chile en los Estados Unidos”, apéndice 1, pp. 53-55, 106, *supra*.

¹² E. M. Korry, *ibidem*, y Paul E. Sigmund, *The Overthrow of Allende and the Politics of Chile, 1964-1976* (University of Pittsburg Press, 1977), p. 194.

funcionaban ya en septiembre de 1971. El problema siguiente es cómo pagar por estas importaciones.

“Sin embargo”, continúa el informe, “la parte chilena quisiera empezar los primeros pagos por los suministros respectivos sólo a partir del año 1976. Esto implica que se suponía importar los productos soviéticos, principalmente alimentos y materias primas, en las condiciones de un crédito a largo plazo, que sería pagado después de las elecciones de 1976, es decir, por la siguiente administración chilena, mientras que las transacciones de estos productos en la práctica internacional se realizan normalmente en efectivo sobre la base de crédito de corto plazo (hasta un año)”. La parte chilena espera que la URSS, por su lado, pague por las exportaciones chilenas “150 millones de dólares anuales, aproximadamente [...] en efectivo y en divisa convertible”.

La propuesta chilena, si estos documentos están en lo cierto, se fundamentó, por un lado, en “grandes restricciones de carácter monetario y financiero” y, por otro lado, en “razones políticas”.

Sobra decirlo, la Unión Soviética rechazó la propuesta chilena: “Los chilenos esperan que la URSS les suministre anualmente grandes partidas de productos de primera necesidad y escasos en la URSS, como trigo, carne, mantequilla, algodón, etc., sobre la base de créditos de largo plazo. A su vez, se supone que la Unión Soviética tendría que importar productos, de los cuales no tiene mayor necesidad, con el pago inmediato en moneda dura”.

Puesto en otros términos, la parte chilena quería crear una nueva Cuba para la Unión Soviética, pero para la economía soviética esa ya no era una buena noticia. Para muchos de los dirigentes marxistas de ese momento, para un Partido Comunista que había llegado a apoyar públicamente la entrada de los tanques soviéticos a Praga, para un Presidente Allende que había llamado a la Unión Soviética nuestro “hermano mayor”, tal vez esto no era previsible. Pero el salvavidas soviético no llegó y el futuro del gobierno de la Unidad Popular, que a esas alturas era bastante incierto, se ensombreció definitivamente.

En efecto, el fracaso de estas gestiones dejó al gobierno del Presidente Allende en una situación desesperada. El dramático escenario que esbozaba el informe de la Academia tendería a agudizarse muy rápidamente. Pocos meses después se desata el paro de octubre y Allende sólo logra que se suspenda llamando a los militares al gobierno. Temas que ya se percibían cruciales, tales como el de la devolución de las empresas en manos de los trabajadores, la escasez de alimentos y otros bienes básicos (como repuestos de maquinarias), la violencia terrorista de grupos extre-

mistas de ambos bandos, la infiltración de grupos de extrema izquierda en las Fuerzas Armadas, se vuelven todavía más apremiantes. Ahora los militares son abiertamente los árbitros. Como predijo en su momento el informe soviético, esta táctica del Presidente Allende tenía un riesgo: “los oficiales del Ejército aprenden a gobernar el país...”

Estos documentos acreditan la influencia y el poder que las grandes potencias consiguieron en países como Chile durante la Guerra Fría. Un poder de magnificación de los conflictos, de potenciar a ciertos grupos y líderes de un sector respecto de otros de ese sector, de crear a veces por imantación intelectual y política un ambiente propicio a las quimeras que la realidad haría pedazos dolorosamente. También demuestran sus limitaciones, su incapacidad para moldear los acontecimientos. Porque al fin y al cabo ni Frei, ni Allende, ni Pinochet resultaron ser lo que Estados Unidos o la Unión Soviética, en su caso, esperaban de ellos. Estos textos muestran que, a la larga, los demás tienen sobre nosotros el poder que estamos dispuestos a concederles. ☐